### CARLOS DE ROKHA

# CANTICO PROFETICO AL PRIMER MUNDO

1940 - 1944

SANTIAGO DE CHILE

### CARLOS DE ROKHA

## CANTICO PROFETICO AL PRIMER MUNDO

1943

SANTIAGO DE CHILE

## Obras del Autor En Preparación.

"Caída al Coral"
Poesías (1935 - 1940)

"El Juego de los Peligros"

Poesía (1935-1943) Con ilustraciones del autor.

"El Gran Júbilo Dorado" Poesía (1943)

"La Mano Automática" (1941-1943) (Narraciones y Experiencias).

"Doble Visión de la Trinidad Negra"

1943 — (Texto Onírico).

"El Orden Visible" Poesía (1942 - 1943)

"El Pensamiento Poético Moderno" (Ensayo leído el 10 de Septiembre de 1943 en la Universidad de Chile).

"En el Aniversario de Jean Arthur Rimbaud".

(Transmisión por radio el 10 de Noviembre de 1943).



Sobre toda porfía el hombre aviva su sagrada soberbia porque quiere volver al principio del mundo. Su cuerpo real toma los destellos del bronce y es arrastrado al sueño para así no ceder: Veámosle venir, su ceniza cubramos con la nuestra.

Su himno oigamos con júbilo y su entrada feérica nos siga: sea su imagen trocada por el furor maligno.

De ningún modo podrá ese exorcismo cumplir

si abandona su gloriosa esencia.

No caerán las visiones como secreta retribución que llamean en su imagen. El lo sabe y aguarda tranquilo.

A ratos busco algo más; la misma luz me hace

creerme irravelable, pero después retorna a la

muerte entre los que a gritos la anuncian.

¿Acaso yo quiero abolir lo terrestre? ¿Despreciar ese límite que a veces toco y me deslumbra? ¿Arrancar de mi espada los signos del sueño y cambiarlos por los del sueño?

Nada conjuro sin tentación, nada conjuro para en mis adentros alcanzar lo inefable.

Igual a mí mismo voy lleno de fugaces poderes e irreparables pérdidas.

Hay algo además de un secreto temor que informa mis sentidos; barcas llenas de ojos que son los del ser, angélicos y feroces, luego brillan.

¿Ahí no es dónde estoy y me descubro con có-

lera y fría reserva?

Soy yo el que se predice entre los lobos.

Cada ángel pierdo en un sollozo: en su costado agítanse carbones y nada retiro de su justo lugar.

Yo me muevo con signos: aprendo a tomar del sueño lo necesario. Así me bato entre los estériles hijos de la tierra.

Aparece oh madero de luz y condéname, aparece precedido de jaurías de lobos que ahí llegan y en

tus alturas me estremecen.

Aparece arrebato de mí y cíñeme, tu corona destrocen mis pies dulce y solitaria.

Tú te desprendes de mis bienes, luego soy yo el desheredado.

Oh, cúbreme de horas para en tí sobrevivir. Mi lengua llena de sangre y mi espalda de orgulloso brillo.

¿Qué visión recóndita me nombra a clegas? Hacia ¿sa total amplitud ensálzame y adentro de mí y en la luz prefiéreme al que te desolla.

Bebe lo que arde en mis sellos según la hondura del tiempo. Hago brotar lo sagrado apinas estalla en mi memoria revestido de admirable sentido.

Cógeme en tu aceite, tu luminoso aceite

arrancado a la entraña de los peces.

Mas, ¿qué inmortal ráfaga terrestre me trans-

figura a su sola posesión?

Vivo entre los criados de mi casa y oigo sus sollozos mientras descubro el misterio: vigilan a la puerta acompañados de blancas liebres y armas de caza.

Abro en señas el cuerpo, el sagrado cuerpo colérico, abro a los lobos y exclamo: "¡Levántate

la liberación del durmiente es llegada!"

Restituídos son a su origen los primordiales misterios del ser cuya frente entrega a las águilas de una calle nocturna.

¡Oh, blanco cuerpo saciado de alas, las lám-

paras volcad una a una!

A nadie muestro la suprema escritura del pacto, a nadie detengo para ello; la marca invisible hará que retrocedáis, pero al fin la tocaréis con vuestra hacha.

Mi corcel mojo en la lengua de los anclanos parecida a lúcidos testimonios de promisión, recibo la heredad endurecida de la muerte y su ceniza retengo.

Llenadme de su sentido como de una llave, pues nada poseo y cae mi alma para adorarte

entre los ángeles.

De la muerte soy: ved en mi al enemigo que

se ensancha, al iniciado por los brujos.

Así me cubro de desvelados confines, aparecidos, desahogados animales me siguen y yo abro los molinos a los bandoleros de agua del invierno.

Quiero caer, extendido estoy, pero necesito resplandor.

Oráculos frios del hombre despertadme entre lo que yo otorgo.

Ofrecedme el profundo designio que a viva fuerza reclamo.

Pero del tiempo nazco acaso en segunda forma. Ocaso de altivas resonancias en mí te repro-

Mas sólo la sombra del ámbar de tus brazos es la que forma una copa sobre el cielo, pero esa copa yace quebrada: animales en cuya frente yo veia el jade, bebian en ella; reyes y leprosos lioran al pie de sus ruinas y la copa se rehace para volver a perderse.

Aparición de profundos conjuros hechizame si

a tu cetro me condenas.

Para tí descubro ¡ay!, no imito el mundo in-

molado, lo insondable, lo cruel.

Otorgado a mi sangriento linaje el sueño obratu rostro he de poner contra el día en secreta obstinación.

II

Somos llagas de carnicería divina y masacre. Viejos principios mueven la luz y nos tocan el cuerpo y luego vuelven a teñirse de engendros del mal cuando en mí su melancólica proclama ondea la tierra.

Descúbrase el gemelo natal de mi vida: éste

es el fuego.

Toma de tí el celo que incumbe al durmiente. deposita tus bienes como arrebatados cinturones

Así son contados los pasos del hombre y los oímos aunque sellen sus designios.

Oh, dioses que habéis hecho mi desgracia, desterrad de mis labios el misterio que los cierra.

Desnudo bajo la tempestad encarno su imagen. Soy el fiel intérprete cuyo canto horada las rocas.

Sobre mi mano, a esta hora que ella rasga las arpas de la tiniebla, leed, leed la clave de la horda.

Mis sellos se demudan; corceles rojos cantan en el fuego y sus jinetes se alzan, pero desprovistos de hábitos de seguridad el holocausto invisible agita sus reyes.

Promisor es el vino que mancha los labios de la bella: la oigo cantar entre los muertos preñada

de rosas.

Hija de la cólera; sus vestiduras son vendidas

a los gitanos, pero su amor no tiene precio.

Untas tu cuerpo con anémonas de calor y orquídeas benignas. Mas ¡ay! el barquero mortal sube ya las aguas de la Estigia.

El misterio temporal te revela sus signos; mi

ojo arrastro ahí para devorarte sin lengua.

¿Qué soy yo sin que me sustenten los enigmas cuya posesión pretendo sin cesar?

Miro con ese ojo único: tu cabellera persigo

sobre el cielo y alguien espera su señal.

Dotado de enigmas vengo, oigo el eco del

océano, a nada temo.

Vuelvo la cabeza a la alquimia maldita y espero la consumación de mis antiguos y postreros designios.

¿Dónde ilumináis la heroína de la muerte? Soy traslúcido a esa vigilia en lo irreal.

Todo vuelve al mudo e invisible sino y allí la bestia natal destruye su corazón al roce de los soles sumergidos.

Sudamos geología criminal y miseria dorada: niñas asesinadas cantan entre nuestros párpados.

Nadie puede trocar el conjuro y sólo le es dado asistir al desvelo de su propia resurrección en la muerte, que al fin luminosa e inocente, ellos encarnan.

Yo canto lo terrible; lo terrible es más bello que lo diáfano oh ciega memoria temporal de lo que somos; efimeras llagas nocturnas de carnicería divina y masacre.

La bestia y el ángel luchan en mí hasta des-

trozarse en lujuriosos soles.

Yo ataco con locura los cuerpos que adoro y aprisiono entre mis besos a la joven matinal cuya aparición entre las barcas es mi súbita recompensa y mi deuda.

Pero bebed, ¡bebed! un vaso de vuestra propia y maligna sangre y habréis sellado el gran

pacto.

Mi corazón tatuado por panteras y buitres su-

cumbe bajo las garras del dios ebrio.

Cuatro mancebos vestidos de negro interrumpen el festín y levantan la cabeza de la bella inmolada a la altura del rey de los pájaros como para señalar al culpable entre la horda divina.

Espuma y sal hay en tus labios, oh tú que haces tu participación en mis sueños y danzas hasta imitar la perfección de tu propio artificio de muerte en cuyo espejo todo es posible.

Amparado por la hora ur fantasma te besa y tú crees. El ritual de la sangre y del vino es llegado: la colina más alta se cubre de rosas de perdición y prohibidos perfumes.

Ven, mi graciosa ondina, cierra tu cuaderno de sabiduría y allí juguemos; ese círculo que ondea

los molinos nunca termina.

Habito un litoral de corales donde enseñas

diurnas oponen su esplendor a mi avance.

El viento de las jarcias juega en el rostro del extranjero. Extranjero de todos los mundos ¿qué buscas a mi puerta? ¿Por qué interrumpes al ausente? ¿O la hora del té de los pálidos vagabundos?

Creedme, ¡ay!, un ángel muerde las raíces minerales del viento y sus pies doran las aguas mientras una leche azul brota de sus dedos heri-

dos por las arpas del alba.

Sus extremos lúcidos arraigan en mí, y, caza-

dor del más allá, yo interpreto la densidad de sus consignas.

TTT

Ser el hereje que se levanta a símbolos.

Yo he amado a quienes descubrían su crimen en sueños.

Que surja el dios de sienes selladas por el es-

panto, pero amadlo cuando haya reído.

Todo dios es impuro, mas su impureza es divina; en el estiércol recogeré su testimonio para transmitirselo a los hombres.

¿Qué puedes decir, Esfinge, mi Esfinge, joh! mi Esfinge sino repetirme el "Adivina o te de-

voro?"

Dispongo mi espada a los adolescentes, silbeante instrumento que me das tu resplandor, a pesar de la estrella de fuego que balla a mis pies como una doncella untada de vino para luego fosforecer.

En seguida ella es arrastrada hacia los molinos silenciosos donde ruedas doradas la encadenan y de noche llama a su padre: ahí acude un viejo leñador que la trata a latigazos.

Por eso los deudos vienen cuando su espuela dotada de alas cruza los bosques y nadie cree.

Nadie puede trocar ese resplandor, que no es

el postrero para no perecer.

Pensad que acaso la última esperanza del hombre sea su sola perdición.

¡Héroes mios, orad por el que llora sobre vues-

tras tumbas!

Espectros, ruinas mías para vosotras surjo de todas las raíces, con la boca babeante y profética, entre mis secretos corceles, con el rostro estrellado, lacerándome, con mi corazón estallando en los profundos icebergs donde sin escafandra me sumerjo.

Extremos muros de coreografía sanguinaria v ornamentación sacramental me circundan.

Os conjuro párpados del vidente: Oíd el cántico maldito y solemne como un ritual de pastores al vino de las maderas rojas que centellean bajo la pezuña de la bestia inmolada en mi frente por

extraños guardabosques.

Decidme si este acto de amor a la creencia antropofágica no hará más bella vuestra auto-idolatría en la pureza del ser que habéis arranca-do a las tinieblas, el cual no siente por vosotros más que aversión, pero al que habéis embrujado para siempre con vuestra adoración y vuestro odio.

Mercaderías de espanto y tortura circulan entre mis huesos cuando el rey de las tinieblas asesina la aurora.

Para algunos la noche es un impenetrable sortilegio, pero tú no temas sus conjuros que nada podrán contra tí porque forman parte de tí mismo.

Bailas sobre las arenas sangrientas, magnífica mujer corroída de lo sublime como de la muerte, en una alianza, en un súbito resplandor, en un profundo hálito nunca desmentido.

El misterio nos envuelve, pero al fin cae y dulcemente cede en nosotros el tiempo donde nos arrastran sus propias corrientes para alcanzarlo a obscuras, recuperar al ser y luego llorar.

Sin embargo, no osamos conjurarle. Porque

entonces algo hemos perdido en las tinisblas.

Ah, pequeña prófuga de inconsolable cabellera de oro, volcada sobre tu rumor te pareces a mí, desde donde te ocultas a los ángeles, cautiva de los helechos que miran hacia arriba.

Te agito contra mi rostro en llaves tallada las que luego caen al mar: por tus alas de fuego

puedo alzarte a su altura.

El hombre ordena las visiones que mezcla a su sueño y ellas le precipitan entre las que elige. Desde allí vuelve la espalda al dulce testigo del mediodía juramentado. Entonces se abraza a un madero que hunde bajo la tierra hasta hacer detener sus propios pasos y cargarse de enigmas que

estallan en el bronce.

Parecida a lúcidos testimonios de promisión cambias al tiempo su centella: El te envuelve y arrebata tu única encarnación y te desnuda como a una visión proscrita ante los espejos donde yo soy el visionario.

Te han arrojado entre los desterrados como un dios sin virtud; tu canto avanza hacia el mundo al brotar de los hermosos carbones que te des-

lumbran a diario.

Tus látigos dejas caer sobre el poseedor de tus entrañas

Oh, deslumbramiento ardiendo estás y nadie

lo sabe.

Llevo grabado en mis manos a un niño que no sonríe, que se penstra en oráculos: me espera vestido de luto ante las puertas que jamás se abren.

Vuelvan a colmarle los cantos; rodeado está de cuanto hálito encantado fortifica con júbilo.

Yo quise levantar a alabanzas el primer mundo y a menudo probaba el pan matinal entre

abejas y largos sollozos.

Yo vivía para descubrirme en los misterios; en sueños ascendí y aventajaba en sabiduría a mis hermanos, pero yo temblé y dulcemente fuí postrado.

Aprisiono sobre la colina un gallo azul de corales y alas terrestres y mis uñas clavo en su co-

razón hasta sofocarlo.

Oh, impuros, la confesión fantasmal ha hollado mi canto.

Surjo de las tinieblas con mis garras hundidas

en los tres vientres de la diosa.

Un gusano corroe las visceras de la bestia sagrada a la que honráis con cantos y vinos de sepulcro y danzas de virgenes desnudas. Oigo las cerrajerías divinas y los carros dorados: el sol danza en su frente como un dios negro al claro de los bosques prometidos.

Visión, te formas de esas ruinas, que cantan

en mi rostro la virtud de este himno.

Pero el mar, el bello mar no entorpece más mi marcha que tú, ¡oh, sol!, en perpetua adoración de ti mismo.

Libre desertor de la luz, rey de las tinieblas soberano del imperio de las sombras, yo soy quien te saluda desde hace mil siglos.

Cargado de promesas y frescos nacimientos para siempre brotas de lujuriosas cenizas y tu efimera melodía de peces y corales que se unen desciende sobre el mundo.

Veo una calle de desolación y de misterio donde las mujeres desaparecen convertidas en plantas fosfóricas, toman mi cabellera y la depositan entre blancos carbones.

¿Por qué me derribáis, oh resplandores?

A la ondina me entrego y las llamas de su vaso de oro contra el rostro de los mendigos agito.

\*¡Ay!, un hombre anuncia en la plaza pública lo sublime.

No puedo seguir, hay revelaciones que algo me iluminan, mas yo troco la esperanza en deshenra y todos tiemblan al ver mi nombre en la carta del acto mágico.

Los vagabundos contemplan una visión que va

a morir, ¡envolvedla de hálitos!

Yo escribo los oráculos abandonados, el libro

de los oráculos sagrados e impenetrables.

"¡Oídme!", grité desde la colina del día gracioso, pero el mar me invade y nadie osa acercárseme.

Revelación de mi alma no te amo sólo por tí, sino por lo que brillas en el mundo; eres la hija de los desérticos reflejos que así te envuelven.

Soy yo el que invento la vida y esta virtud me pone feroz, pues realmente no estoy libre de malicia; a la vida me entrego como a una rad obsoura lo insalvable, porque estoy lleno de lo que no muere.

Mi vieja casta sagrada arrastro a sus corrientes, y si armada de destellos me cubre, he de levantarla sobre mi cabeza como un trofeo de tormenta.

Pero todos los confines se alejan al fin de mi. Invoco el fuego y él atraviesa los bosques con el brillo de una fresca materia de blancos poderes.

Y ahora, ¿cómo nombrarte? ¿Cómo adorarte entre los ángeles hasta el día que viene? ¿Qué seremos, qué sabremos de nosotros mismos en la última c'ma?

Estaré en sueños encantados para alcanzar la sabiduría, rodeado de cosas que acaso tú no ames.

Aléjame de los incendiarios, circúndame en las plazas.

Mis ojos ruedan sobre tu cabellera: ahí inmóviles adolescentes levantan hogueras y esperar. la marea de la nuerte.

Las bestias rituales se acercan entre las que a mi te ciñen y me hacen adorar tu sexo como un fruto maligno.

Asido a tus raíces, madrugando, extraigo 10

terrestre, el aceite de los bandoleros.

Abro mi insólita llave a los desheredados, que mojan su cuerpo en la humedad de las bodegas y se llenan de alas rojas, alimentándose de pan lívido.

Hay sellos herméticos al fondo de mi alma, Alguien vuelve la cabeza como un postrer sa-

ludo a los hechizados.

Vedme conjurar el viento de granito para mi júbilo dorado. Yo conjuro el día que viene y sus blancos animales despertándose al fin de la selva donde los idolos cantan contra mí.

¡Ah, hábito ciego, cómo ensalzarte! ¡En ti me envuelyo y tu resplandor sobre el mundo me co-

rona!

En todos los confines he muerto por un dlos. Oh, certidumbre, levantad mis vivos origenes.

Oid el himno del hombre y el testimonio sagrado de sus bestias sobre el mundo que se

le revela por el fuego.

Cantad, cantad con júbilo el himno al retorno perdido; allí la imagen real de vosotros mismos os aguarda para recorrer bajo vuestras vestiduras la colina de la noche.

Un hondo desvelo de infinitas latitudes me penetra y divide, porque estamos hechos de muer-

te y somos muerte.

Yo predico la justicia del crimen, la necesidad de la guerra: hundid vuestro puñal en el corazón del que os abraza y habréis pagado con amor un acto de odio.

Yo sueño la edad dorada en que el odio determinó los actos mágicos de los animales del himno del hombre con los cuales vivirá en perfecta comunión.

Oid el himno de triunfo del hombre y su ima-

gen sobre sí mismo volviéndose.

El dios impuro desato de mi boca y sólo me es

dado conjurar lo invisible.

¿Hay otros mundos más allá de los sueños? Nada sabes fuera de lo que te han enseñado los sueños

¿Puedo erser en tí, felicidad perversa?

Me escucho, me evaporo, pero me reconozco en ese espectro de fuego que m¹ra a través de mi ventana.

Mas el mundo invisible no será a vosotros visible hasta que yo lo quiera. Si gozas con tu miseria, si ries de tu caida,

toma el fusil y llama a tus negros lebreles.

Vigía de las costas de una bella eternidad, ángel sometido a tu propio demonio, si afuera de tí mismo nadie te aguarda ¿qué esperas todavia?

Lo sabes todo, lo has probado todo, pero menos

la aicha.

Dicha, extraña palabra, ¿qué fantasmas te escriben?

Evasión de la dicha ¿no eres la evasión del paqueño mundo de las risas compradas?

El hombre necesita un dios para su debilidad,

un dios para su amor.

Pero yo busco un dios para mi crimen, un dios para mi herejía idolátrica.

Somos llagas de carnicería divina y masacre.